

**CARTILLAS DE
DIVULGACION ECUATORIANA
Nº 25**

LO QUE SUCRE HIZO POR EL ECUADOR

LUIS ANDRADE REIMERS



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA - QUITO - 1980

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Luis Andrade Reimers

*LO QUE SUCRE HIZO
POR EL ECUADOR*

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº	AÑO
PRECIO	DONACION



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

LA GRAN COLOMBIA A RAIZ DE AYACUCHO

LA GRAN COLOMBIA A RAIZ DE AYACUCHO



PRESENTACION

Este folleto no es otra cosa que una apretada síntesis de mi libro SUCRE EN EL ECUADOR, al cual remitimos al lector que desee conocer los fundamentos de nuestras afirmaciones o mayores detalles sobre los diversos acontecimientos. Tratándose de las guerras de la Independencia ecuatoriana, eje mismo de nuestra nacionalidad, aquí se encontrarán episodios completamente nuevos y aun los que son generalmente bien conocidos serán expuestos de una forma bastante diversa. Esto se debe a que hoy día, más que nunca en el pasado, disponemos de una inmensa documentación directa, integrada en su mayoría por las cartas del general Sucre, escritas casi siempre a raíz de los hechos. Aunque casi todo cuanto digamos puede ser respaldado con esos textos, para no importunar a los lectores sólo incluiremos unas pocas citas en los lugares más importantes. Esperamos que de ese modo que este relato resulte corto, novedoso y excepcionalmente interesante por referirse a la gestación misma de nuestra nacionalidad.

I—SITUACION DE GUAYAQUIL A RAIZ DE SU EMANCIPACION

Bien sabemos cómo el 9 de Octubre de 1820 el puerto fluvial de Guayaquil se rebeló contra la dominación de España y proclamó su independencia. Sin embargo, debemos tener presente que de suyo ese movimiento revolucionario estaba llamado a desaparecer en fuerza de la reacción de la Real Audiencia española de Quito, tal como en la capital había sucedido después del 10 de Agosto de 1809. Recordemos que la ciudad de Guayaquil para ese tiempo apenas tenía unos 20. 000 habitantes, en tanto que Quito contaba con 50.000. Por otro lado la tradición guayaquileña en el campo militar y revolucionario era nula. Si el golpe revolucionario del 9 de Octubre prosperó y se sostuvo en los meses y años subsiguientes, fue por el apoyo de los patriotas venidos de Venezuela. Habían dirigido la revuelta el sargento mayor Letamendi y los tenientes León Febres Cordero y Luis Urdaneta, enviados por Bolívar al Perú con el batallón Numancia y designados con este objeto preciso a Guayaquil. Pero el gobierno local que se hizo cargo de la ciudad, en vez de unirse para la defensa común contra los españoles, se preocuparon de fortalecer más bien las tendencias antagónicas que representaban. En aquella ciudad de 20.000 personas y en donde los mayores de 20 años debían ser apenas 10.000, 5.000 hombres y 5.000 mujeres, los que se preocupaban realmente por la defensa armada de la ciudad difícilmente podían pasar de 2.000 novatos, cuando el general Aymerich, Presidente de la Real Audiencia de Quito, comandaba por ese tiempo un ejército de 3.500 soldados con una oficialidad española profesional y soldados de línea experimentados en su mayor parte. Tampoco consta que aquel gobierno primero de la ciudad se hubiese preocupado de compra alguna de armas, municiones o bar-

cos de guerra para defender el puerto. Verosíblemente se contentaron con mantener el ejército que había protagonizado la independencia, equipado únicamente con lo que en ese tiempo recibieron y algunas armas más encontradas en los cuarteles españoles.

De haber entrado de inmediato en acción el general español Aymerich, no cabe duda alguna que habría ocupado la ciudad de Guayaquil sin mayores problemas y entonces la guerra por la independencia ecuatoriana hubiese tomado un sesgo muy diverso. Si el Presidente de la Real Audiencia no obró así, aquello presumiblemente debió ser por tres razones. La primera fue la necesidad de custodiar la zona de Pasto, amenazada desde el Norte por el ejército de Bolívar; la segunda era la obligada inmovilización impuesta por el armisticio pactado con Colombia por seis meses; y la tercera, mucho más importante que la anterior, debió ser la proximidad del invierno en la Costa que en aquel tiempo por falta de caminos hacía una campaña militar físicamente imposible. Pero en todo caso la amenaza española durante aquellos primeros meses debía ser un fantasma espeluznante sin posible solución.

II—LA PRESENCIA DE SUCRE EN GUAYAQUIL

En último término el Libertador Simón Bolívar, que había patrocinado la insurrección de Guayaquil contra los españoles por medio de sus subalternos, era el responsable de haber colocado a sus habitantes al borde del castigo. Desgraciadamente también él había procedido más por impulso suyo natural que por abundancia de recursos a su mano. De hecho en esos meses los varios frentes de batalla de los patriotas y la escasez absoluta de recursos económicos lo tenían atado de pies y manos. Había querido despachar a Guayaquil un ejército de por lo menos 1.000 soldados veteranos al mando del joven y dinámico general Sucre con recursos suficientes para una larga campaña; pero ambas cosas le fallaron en el momento preciso. En todo caso era preciso actuar sin dilación, pues una demora en tales circunstancias equivalía a la pérdida de Guayaquil y al estancamiento de sus tropas en el Norte de Pasto. En todo caso adelantó la orden a Sucre, ofreciéndole despachar luego aquellos mil soldados tan pronto como le

fuera posible. Aunque aquel alto oficial no había hecho todavía de general en jefe de ninguna otra campaña, esperaba de su iniciativa los recursos conducentes a realizar tal expedición. Para prepararle el terreno, delante de él había despachado a Guayaquil al maduro pero un tanto ingenuo general Mires, un español plegado sinceramente al movimiento republicano. Tales fueron las razones por las cuales, cuando el general cumánés de apenas 26 años llegó a Popayán el 1º de Marzo de 1821 en busca de "importantes plegos del Libertador" para él, se enteró de su designación de general en jefe del ejército del Sur pero no recibió por el momento un solo soldado.

Pero por fortuna ese hombre estaba dotado de cualidades verdaderamente extraordinarias y éstas le indujeron a trasladarse a Cali, en donde, cansado de esperar, consiguió de un prestamista extranjero un préstamo personal, avalizado por el gobernador de la ciudad, por la cantidad de 10.000 pesos pagaderos a seis meses, para dar comienzo a su campaña. Desde antes había tenido la costumbre de escribir a todos sus posibles amigos y colaboradores, para informarles sobre el tipo de actividades que desempeñaban y pedirles ayuda. En este tipo de actividad solía permanecer hasta altas horas de la noche. En esta ocasión, pues, escribió sobre lo que acababa de hacer al Vicepresidente de la República de Colombia, el general Francisco de Paula Santander, viejo amigo suyo personal. Cumplida esta diligencia, con el dinero recibido ya pudo mantener a 400 reclutas del Chocó y comenzó a instruirlos personalmente en la milicia, a base de oficiales mercenarios venidos de Chile. Sin embargo, durante las pocas semanas que pasó ahí, por motivos de insalubridad y medios precarios de vida, se le murieron sus 20 primeros hombres. Resolvió, pues, salir de ahí para iniciar la movilización ordenada por Bolívar. Del empréstito de 10.000 pesos sólo pudo llevar consigo 3.000, pues el resto lo dejó al gobernador de Cali para la provisión de equipos y provisiones.

A Buenaventura llegó el 2 de Abril y a Tumaço por mar el 10. Ahí dejó cinco enfermos, que no podían continuar el viaje sin serio peligro de la vida. En Esmeraldas dejó otros veinte por el mismo motivo. De hecho a esas alturas de los 400 reclutas recibidos en Cali ya únicamente le quedaban 350. Pero los días verdaderamente difíciles del viaje a Guayaquil comenzaron desde entonces, pues los dos barcos

de vela en que navegaban fueron atrapados por las famosas "calmas" tropicales, o sea, por la ausencia total de viento, lo cual hizo que ese viaje en vez de 8 días, que era lo normal, demorase 28, como él mismo escribía (1): "Por falta de víveres y agua, por falta de todo y aun de dirección, poco faltó para que los 300 hombres que se hallaban a bordo hubiesen perecido en alta mar". De hecho uno de los barcos se extravió y aquel en que iba Sucre llegó a la península de Santa Elena con 15 bajas y 85 enfermos de hospital.

El general en jefe de la expedición enviada por Bolívar en ayuda de Guayaquil pisó tierras actualmente ecuatorianas el 6 de Mayo de 1821 y, después de hospitalizar a los enfermos y ver por la estadía de los sanos, avanzó a Guayaquil acompañado por una mínima escolta.

Al llegar a Guayaquil, su precursor, el general Mires, le informó que el gobierno de la ciudad se había negado rotundamente a incorporarla a Colombia, a pesar de que uno de los triunviros que integraban el poder, Francisco Roca, y la inmensa mayoría del pueblo guayaquileño estaban plenamente a su favor y profesaban una fe ciega en las tropas colombianas (2).

A pesar de esta disposición de ánimo del triunvirato que regía los destinos de la ciudad, el exquisito trato y el tacto político del joven general cumánés lograron conseguir del gobierno de Guayaquil que al menos los tomasen como aliados en la defensa de puerto contra el inminente ataque de la Real Audiencia española de Quito para sojuzgarlo, proveyéndolos al menos de una alimentación adecuada. Por otro lado, como sus soldados habían llegado allá semidesnudos, también consiguió el jefe venezolano un crédito para proveer a su tropa de uniformes nuevos, con los cuales pudiesen presentarse en público. Pero, a pesar de la penuria económica en que por dentro se debatía aquel puñado de valientes, con el fin de hacer ostensible a los guayaquileños que ellos no venían en busca de enriquecimiento alguno material, el general Sucre renunció al sueldo que le competía de general, aun dentro del escalafón colombiano.

Una vez estabilizada en esa forma la situación del ejército colombiano en la ciudad de Guayaquil, Sucre comenzó a conquistar entre la juventud del puerto a los primeros reclutas voluntarios de la localidad. Las sublevaciones de Quito y Cuenca a favor de la independencia y

las represalias españolas consiguientes contra los integrantes de aquellas fallidas revoluciones habían traído a Guayaquil algunas familias serranas, cuyos elementos masculinos, jóvenes y viejos, fueron los primeros que pidieron alistarse en las filas emancipadoras del intrépido general venezolano. Por motivos de edad Sucre no aceptó a aquellos elementos maduros, que habían tomado parte como oficiales en el primer ejército independiente de Quito; pero dio de alta con enorme satisfacción a varios jóvenes que se presentaron, los cuales venían impulsados por el más genuino patriotismo. Tal vez entre ellos se alistó el joven cuencano Abdón Calderón, el cual aparecerá de teniente un año más tarde y, como habrá de reconocerlo el propio general Sucre, desempeñará un papel heroico en la batalla de Pichincha.

En esa forma con los sobrevivientes de su primer batallón alistado en Cali, con los elementos ecuatorianos que iban presentándose y con los que de tarde en tarde iban llegando de Colombia, enviados por los altos jefes del ejército del Norte, el entusiasta cumánés formó su primer batallón propiamente dicho y lo apellidó "Santander" en honor a su grande amigo personal y Vicepresidente de Colombia por esa época, el general Francisco de Paula Santander.

Así, pues, apenas la furia del invierno de la Costa comenzó a ceder, Sucre movilizó ese batallón de algo más de 400 hombres, remontando la corriente del caudaloso río Guayas hacia el caserío de Samborondón hacia fines de Junio de 1821. En Guayaquil dejó al coronel Morales para cuidar de los enfermos ahí hospitalizados y encaminar a Samborondón a los nuevos pelotones de tropa colombiana, que iban llegando del Norte, con el fin de incrementar el ejército del joven general venezolano.

III—PRIMER REVES SERIO Y PRIMEROS LAURELES

Los planes del general español Aymerich para sofocar el levantamiento de Guayaquil eran tan amplios y pragmáticos como para tomar la ciudad en una rápida campaña e imponer un escarmiento de tal naturaleza, que nadie en lo futuro osara provocar nuevos levantamientos. Disponía en Cuenca de dos batallones de infantería tan bien disci-



plinados y eficientes, que se estimaban ser los mejores en su división. Estos debían bajar por el camino de verano del Cañar hasta las proximidades de Guayaquil, tomar la ciudad en el momento oportuno y luego atacar por la espalda al pequeño batallón colombiano de Samborondón. En realidad el asalto a la ciudad no ofrecía mayores problemas, por cuanto con el avance de Sucre hasta Samborondón había quedado desguarnecida. Por otro lado había preparado un levantamiento español dentro del mismo puerto, encabezado y dirigido en la clandestinidad por el comandante Ollagues y apoyado por una corbeta de guerra, que con pretexto de comprar cacao debía entrar y anclar frente a los muelles, con los cañones listos para disparar y fomentar el pánico. Finalmente el propio general Aymerich había de bajar desde Guaranda sobre Sucre con una terrible caballería de 400 jinetes y una infantería de 2.600 hombres, subdivididos en varios batallones. Para acabar de desconcertar al recién llegado general venezolano, había urdido, además, una treta verdaderamente excepcional dentro de las propias filas del ejército patriota. Por esos días había recibido la oferta de un oficial venezolano, llamado Nicolás López, para ponerse a sus órdenes incondicionalmente y defender la causa del Rey a cambio de ciertos privilegios económicos y militares. Aymerich aceptó pero le ordenó que, en vez de venir solo a su lado, reclutase un batallón de hasta 600 hombres con el dinero de la Corona que le enviaba y, simulando intenciones independistas, se pusieron a órdenes del general Sucre para traicionarlo en el momento oportuno y sembrar el desconcierto en sus filas al llegar la hora oportuna.

A pesar de que esta compleja máquina de guerra podía desbaratar a un ejército diez veces más numeroso que el de Sucre, hubo ciertos elementos adversos más allá de toda previsión, que arruinaron su plan en la forma más inverosímil.

En efecto, la acción del general Aymerich había sido programada para el 16 de Julio. En la madrugada de ese día el comandante español Ollagues protagonizó a la madrugada una ruidosa manifestación callejera en el centro de Guayaquil vivando al Rey como único soberano de América, en tanto que la goleta anclada frente a los muelles los cañoneaba a mansalva. Afortunadamente el coronel colombiano Morales, que había sabido sobre el motín la víspera, se había puesto a im-

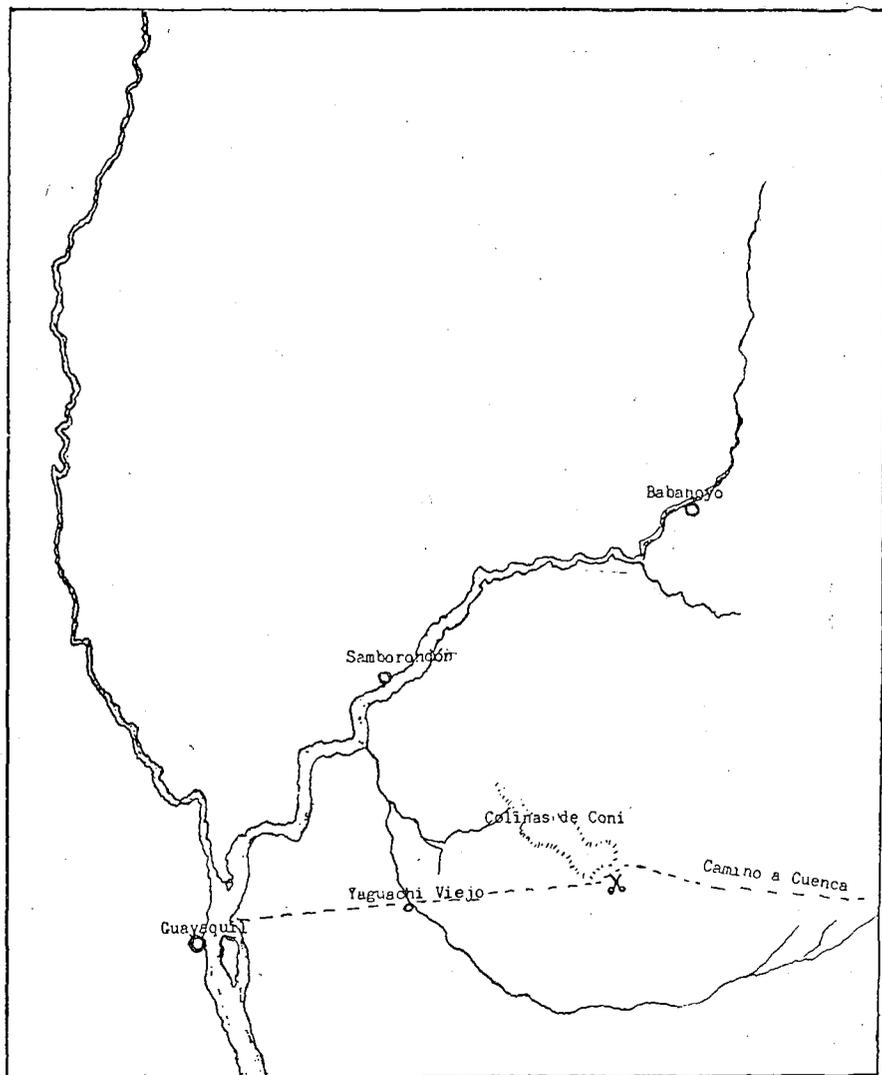
provisar desde entonces un batallón con voluntarios recién llegados de Colombia, con los soldados convalescientes del hospital y con los reclutas que entrenaba, a todos los cuales les había encuartelado la noche anterior. Así, pues, con semejante ejército irrumpió en las calles, disolvió la manifestación y, después de luchar de casa en casa con los soldados de Ollagues por varias horas, les obligó finalmente a embarcarse en su goleta y zarpar rumbo a Panamá.

En ese 16 de Julio también entró en acción el traidor López en Babahoyo, ciudad más próxima a la Sierra, en donde Sucre le había colocado con su batallón, mientras él mismo continuaba en Samborombón con el Santander y otro nuevo batallón que estaba formándose con los recién llegados de Colombia. La vergonzosa hazaña de López consistió en pasarse simplemente a los españoles con los 600 hombres de su batallón, armas equipos y municiones. Las seis barcas torpederas de Aymerich, que habían venido a buscarlo, torpedearon a gusto la corbeta "Emperador Alejandro" y ocuparon el bergantín "Ana" para transportar las tropas de López, a pesar de que ambas embarcaciones estaban a los órdenes de Sucre.

Ignorante por completo el general venezolano del plan global de Aymerich, sólo supo de su avance con el grueso del ejército desde Guaranda hacia Babahoyo el 15 de de Julio. Pero al día siguiente a las diez de la mañana recibió como hecho consumado la noticia de la desertión masiva del batallón de López con sus jefes a la cabeza, sin poder hacer nada efectivo al respecto.

En todo caso parece que el fracaso total del comandante Ollagues en Guayaquil postergó por unos días la segunda parte del plan de Aymerich. Pero también esta segunda parte del plan le habría tomado desprevenido, si el mal tiempo en la Cordillera no hubiese detenido el descenso de los realistas más allá de toda previsión y el cuerpo patriota de espionaje en Cuenca no hubiese despachado un emisario de ellos, llamado Manuel Pino, el cual no tomó en cuenta el mal tiempo y el pésimo estado de los caminos desde Cañar hasta Guayaquil y pudo avisar al general Sucre sobre el avance del ejército del coronel González desde Cuenca para tomar posesión del Puerto. Gracias a esta noticia, el general venezolano tuvo suficiente tiempo como para preparar una habil emboscada en las colinas de Coni cerca de Yaguachi y finalmente

LUGAR DE LA BATALLA DE YAGUACHI



el 19 de Agosto consiguió sorprender a los batallones realistas que bajaban de Cuenca y destrozarlos por completo. La victoria se consiguió con sólo 20 bajas colombianas, dejando tendidos en el campo a 300 realistas, capturando a otros 200 y poniendo en fuga a los demás con González a la cabeza.

El rotundo éxito conseguido en las colinas selváticas de Coni y la llanura de Yaguachi había sido principalmente el resultado de la estu-penda actuación del batallón Santander, inicialmente comandado por el general Mires. En todo caso aquel desastre para los españoles ejerció en el ánimo de Aymerich un influjo decisivo respecto a sus planes en la Costa, pues, a pesar de que al recibir la noticia ya había descendido con el grueso del ejército hasta cerca de Babahoyo, dio la orden de regresar hacia Riobamba antes de exponerse él también a una derrota.

IV—ENGREIMIENTO Y CAIDA

El rápido y completo triunfo del ejército de Sucre sobre la infantería realista de González estimuló al cumanés a seguir adelante en la campaña y aun le indujo a creer que, con solo aquel ejército que comandaba por entonces, podía derrotar definitivamente al enemigo. Pero la sobreestimación de sus propias fuerzas y la minimización de las enemigas no provenía de otra cosa que de la euforia característica de cualquier victoria. Pero este entusiasmo, que en el ánimo de Sucre venía a estar casi siempre controlado por la razón, tanto en Mires como en el resto de la tropa parecía ilimitado. Así, pues, se decidió proseguir la marcha hacia la Sierra y dar alcance al enemigo, yendo tan lejos como hiciese falta en el ascenso de la Cordillera.

Como el general Sucre debía volver por fuerza a Guayaquil para dejar ahí a los 200 prisioneros y hacer otros arreglos para proseguir la campaña, confió momentáneamente el mando al general Mires, dándole instrucciones de acercarse al grueso del ejército español, que apenas comenzaba su retirada desde las inmediaciones de Babahoyo. Así lo hizo Mires. Tratando de dar a todo trance alcance al ejército de Aymerich, llevó a su tropa a marchas forzadas por las primeras estri-

baciones de la Cordillera. Por fortuna la infantería patriota no logró dar alcance al grueso del ejército español, pues un encuentro frontal en el estado de agotamiento en que venían los patriotas habría sido desastroso. Unicamente el escuadrón de caballería del coronel Céstari logró el 28 de Agosto dar alcance y atacar a la retaguardia española, logrando apoderarse de 18 cargas de pertrechos y de 50 soldados, mientras el resto de la división doblaba la Cordillera para bajar a la Sierra.

Entre tanto desde Guayaquil el general Sucre había despachado destacamentos de avanzada hacia el Norte con órdenes de situarse en las inmediaciones de Latacunga y hacia el Sur por el camino del Cañar hasta las inmediaciones de Cuenca. Por otro lado en Guayaquil él se encargó de recoger y organizar tanto a los soldados recién llegados de Colombia como a los prisioneros con disposiciones sinceras para cambiarse y luchar de su lado contra los realistas. Concluídos estos arreglos y otros para la nueva etapa de la campaña, partió de Guayaquil el 1º de Septiembre. Al dar al fin alcance a Mires y su tropa bastante arriba de la Cordillera, notó que muchos de los soldados estaban exhaustos y que incluso los jinetes avanzaban fatigosamente a pie por haber muerto sus caballos. Como resultado del agotamiento se habían muerto 70 hombres y entre enfermos y desertores se habían perdido otros 200. Lo primero que hizo entonces el general Sucre fue ordenar un alto de tres o cuatro días a todo el ejército. Luego hizo regresar a Guayaquil a los enfermos; mandó ir a buscar en Babahoyo ciertas piezas de artillería de montaña, que Mires las había dejado por pesadas y finalmente hizo buscar caballos en la región para los jinetes que habían perdido los suyos, aunque esta última diligencia fue inútil, pues los españoles que habían pasado por ahí hacia poco tiempo habían tomado ya todos los animales en buenas condiciones.

A su regreso la división de Aymerich había tomado por las pendientes del Sudeste, para remontar la Cordillera por el Nudo de Tiocajas y penetrar en la Sierra, avanzando luego hacia el Norte por las Manuras de Riobamba. Por el contrario Mires había subido por la cuencas del río Chimbo, para pasar más adelante por Guaranda y poder luego dominar las cumbres de la Cordillera a la altura de la población de Pilahuín. Así, pues, mediando un alto ramal de Cordillera entre los dos ejércitos en su avance hacia Quito, de hecho se habían ignora-

do mutuamente en todo aquel trayecto. Pero cuanto los patriotas dominaron al fin de la Cordillera y descendieron a Pilahuín, desde ahí pudieron ver cómo a unos 20 kilómetros de distancia las columnas enemigas avanzaban por el fondo de la Sierra con dirección a la ciudad de Ambato. Como Sucre escribía pocos días después a Santander (3), "el suceso de Yaguachi había enorgullecido a algunos jefes, excitando la emulación en otros y en la tropa, y todos deseaban el combate; y así fue que mi pensamiento se vio como una irresolución que alentaría al enemigo".

Para ese entonces los batallones de Sucre, cada uno con su respectivo destacamento de caballería, eran tres: el Albión, recientemente integrado con veteranos y reclutas de Colombia pero mal acoplados por falta de entrenamiento; el batallón llamado "Guayaquil" por segunda vez (el primero había desertado con López), compuesto por jóvenes reclutas de la Costa casi sin educación militar; y el predilecto y valeroso batallón Santander, imbuído en las prácticas de la guerra desde hacía ocho meses. El total del ejército patriota era en torno a 1.300. Por su parte Aymerich avanzaba con columnas que, aun calculándose a la distancia, no bajaban de 3.000 hombres. Pero, a pesar de esto, Sucre dio la orden de bajar hasta el pueblo de Santa Rosa, por ver qué posibilidades había de impedir la entrada de los realistas a la ciudad de Ambato, la cual era visible desde ahí no muy lejos en el Norte.

Los tres batallones llegaron a Santa Rosa a tiempo como para cortar al enemigo el paso a Ambato y, por otro lado, todos ardían en deseos de terciar con el enemigo en el campo de batalla. Sin embargo, el joven general se dio cuenta de que aquellos humos provenían tal vez de un engreimiento exagerado y, al menos, exigió bajar ordenadamente hacia las llanuras irregulares del fundo.

Una vez llegados a los fatídicos parajes de Huachi, detuvo a su pequeña división detrás de una depresión del terreno para hacerla ordenar y formar, colocando en el ala Septentrional al Albión, en el centro al Santander y en el ala meridional al Guayaquil. Así formados, los hizo avanzar hasta el pie de una pequeña cadena de colinas, al otro lado de las cuales había una franja de llanura con las edificaciones de la hacienda de Huachi hacia al mitad. Más adelante hacia el Oriente

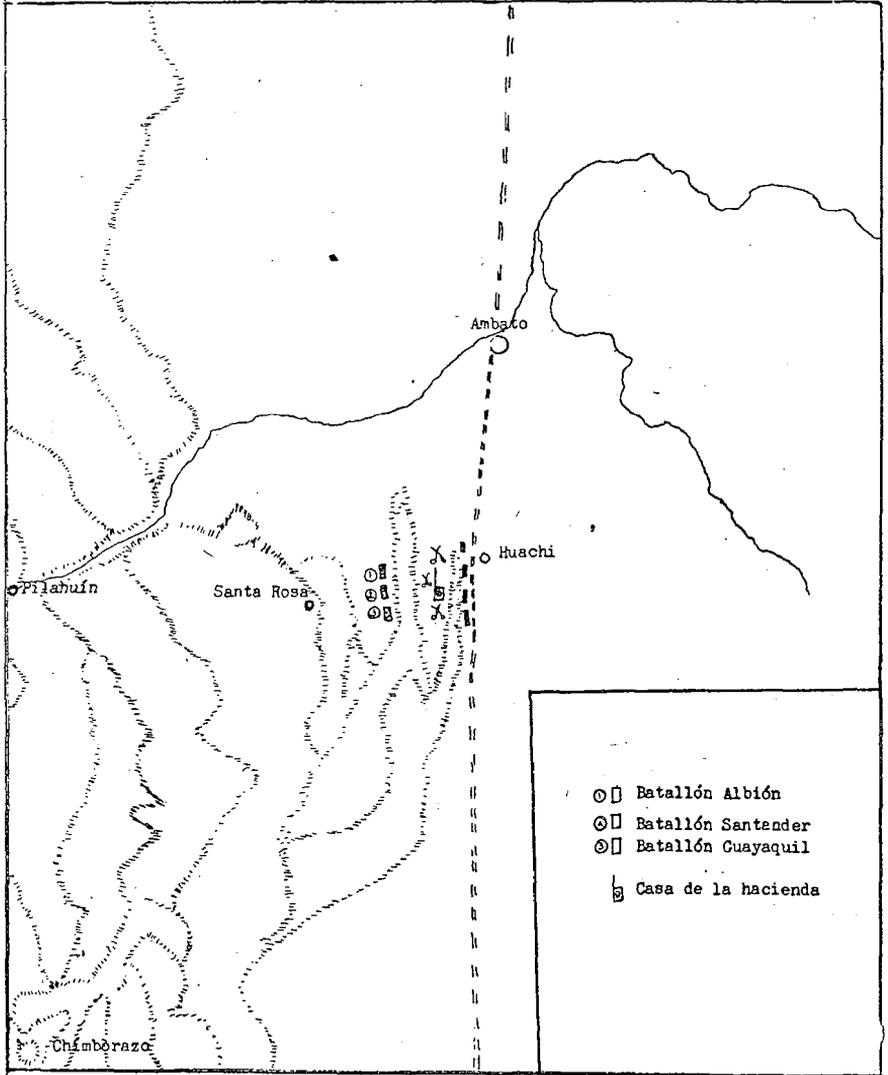
había otra cadena de colinas, que viniendo desde el Sur perdía altura hacia la mitad y poco a poco naufragaban hacia el Norte en una planicie bastante regular. La hacienda en el medio de estas dos cadenas de colinas consistía en un cuadrilátero central, prolongado hacia el Norte en un muro de mampostería de piedra y hacia el Sudeste en un extenso huerto de árboles frutales.

Una vez que el general Sucre ocultó a su división detrás de las colinas occidentales, confió momentáneamente el mando al general Mires, mientras él efectuaba una inspección personal del enemigo. Así, pues, avanzó a caballo con sus dos edecanes hasta la cumbre de las colinas occidentales, bajó al llano en donde se ubicaba la hacienda y se dirigió hacia los montículos del Oriente, deteniéndose de cuando en cuando a observar al enemigo por medio de su monóculo, aunque de él lo único que lograba ver hacia la planicie del Noreste era a un escuadrón de caballería, que parecía hacer piruetas para provocar la batalla. Conjeturó entonces que el grueso del ejército realista debía estar oculto detrás de las colinas orientales y, en vez de huír como se habían imaginado sus soldados, se sentía superior y se disponía a un ataque de muchas sorpresas. Tal actitud le hizo redoblar sus precauciones al avanzar y aumentó su curiosidad.

Pero, cuando el general cumanés todavía no había conseguido ver al grueso del ejército enemigo, de pronto escuchó a sus espaldas nutridas descargas de fusilería. El general Mires, a pesar de la orden dada de no entrar en acción antes de la vuelta de Sucre, juzgando que el escuadrón de caballería enemigo podía ser derrotado fácilmente por medio del Albión, había dispuesto atacarlo. Ese batallón había cumplido la orden a perfección, avanzando contra el escuadrón enemigo y disparando contra él.

Ante este hecho Sucre se vio obligado a regresar de inmediato a la división para reasumir el mando y detener el fuego. Mientras lo hacía, la caballería enemiga había simulado huír hacia el Sur detrás del bosquecillo de la hacienda, para provocar también ahí la batalla. Mires, creyendo que el Albión la había derrotado y trataba de huír por el Sur, ordenó al batallón Guayaquil en el ala meridional atacarla a prisa y detener la fuga. Así lo hizo también este batallón, aunque por su calidad de reclutas lo ejecutó en forma desordenada. Al notar

BATALLA DE HUACHI



este hecho, Sucre trató de correr hacia allá, para detener a ese cuerpo y ordenarlo. Pero mientras se hallaba en esta difícil tarea, la lucha se había generalizado contra otros tres nuevos y bien formados batallones, que aparecieron de detrás de las colinas orientales y bajaron rápidamente contra los patriotas. Después de un enfrentamiento recio en todos lados, el primero en ceder y huir fue el batallón Guayaquil, al cual le siguió poco después al otro extremo el Albión y finalmente aun en el mismo batallón Santander hubo unos pocos, que arrojaron sus armas y se juntaron a los que huían hacia la Cordillera Occidental, aunque eran alcanzados por la caballería enemiga y victimados o tomados prisioneros. Los únicos que resistieron el asalto en su puesto fueron los del batallón Santander en su gran mayoría, sostenidos y dirigidos por el general Sucre en persona, que los dirigía y alentaba. Su resistencia fue heroica, hasta que murieron prácticamente todos sin moverse, totalmente rodeados por el enemigo. El propio Sucre, a pesar de que su caballo tenía rota una pata y él mismo había recibido una fuerte contusión en la mano izquierda, se vio cercado por un piquete de caballería enemiga y creyó que había llegado su fin, pues tampoco se hallaba dispuesto a entregarse. Por fortuna sus dos edecanes y tres jinetes suyos, que habían visto el peligro en que estaba, lograron abrirse paso a través del enemigo y en una acción audaz y rápida lograron rescatarlo (4).

El enfrentamiento había comenzado a medio día. A las cuatro de la tarde la derrota era general. Casi todo el batallón Santander, muchos del Guayaquil y bastantes del Albión yacían muertos en el campo de batalla. Del resto, incluyendo el propio general Mires, prácticamente todos habían caído prisioneros. Los que lograron escapar hasta Santa Rosa y luego hasta Pilahuín, apenas pasaban de ciento.

V—MAGNITUD DEL DESASTRE Y REACCION

La derrota de Huachi había tenido lugar el 12 de Septiembre de 1821. Sus efectos negativos fueron tales, que parecía habían de imposibilitar cualquier nueva campaña sin una acción directa y poderosa del propio Libertador. En primer lugar la depresión en el ánimo del

joven y pundonoroso general venezolano al comienzo fue absoluta. Refugiado en Babahoyo, informaba sobre su derrota a Bolívar, diciendo (5): "Mi general: ¡Qué vana es la esperanza y su inconsistente victoria! Después de la jornada de Yaguachi yo me atreví a decir a Ud. que acaso en todo Septiembre yo llenaría todas mis comisiones (la toma de Quito)... Pero la fortuna me disonjeaba para darme el golpe más mortal y terrible y arrebatarme de las manos a mis amigos, a mis compañeros (los soldados muertos o prisioneros en Huachi) y dejarme aislado para dar a Ud. la triste relación de nuestra campaña". En todo caso su buena consciencia le indujo a pedir al Libertador en esa misma carta que fuese juzgado por una corte militar y castigado en aquello en que apareciese culpable.

Por otro lado quienes en la República de Colombia sentían celo y envidia ante los rápidos ascensos del joven cumanés, trataron de aprovechar su derrota para desprestigiarlo, exagerando el número de soldados colombianos enviados en los últimos meses. Los envidiosos eran colegas suyos en el ejército, que se decían ser amigos y fervorosos patriotas. Por este motivo Sucre se vio precisado a presentar los hechos desnudos con respecto a los pretendidos auxilios de Colombia en una carta al Vicepresidente de Colombia, el general Santander, con fecha 23 de Octubre de 1821 (6).

Pero donde cambió por completo el panorama para el hasta entonces brillante y prometedor general venezolano fue en la ciudad de Guayaquil. La derrota de Huachi había enlutado muchos hogares del Puerto y, sobre todo, dejando desguarnecida la ciudad ante el ejército victorioso de Aymerich, que podía bajar hasta sus puertas y ocuparla sin resistencia alguna de significación. Por su lado los triunviros al frente de la administración creyeron haber cometido un error al financiar la estadía del ejército colombiano y retiraron su ayuda económica para mantener a los resisiduos del ejército derrotado y a los nuevos soldados que volvían a llegar del Norte. En previsión de inminente ocupación de la ciudad por los españoles de Quito, los antiguos amigos y favorecedores de Sucre y sus hombres tenían recelo de mostrarse tales y se negaban a ayudarlos con los auxilios más indispensables. A pesar de que se ha dicho lo contrario, tampoco hubo en la ciudad nuevos reclutas voluntarios sino en casos excepcionales, por lo

cual Sucre a los 35 días reportaba que los alistados en la ciudad de Guayaquil apenas llegaban a 180 (7). A tal punto llegó en esos días el hambre y la desnudez de los sobrevivientes de Huachi y los nuevos soldados venidos de Colombia, que Sucre se vio precisado a procurarse fondos por sí mismo, aprovechando las industrias de la sal en la Costa, cuyos derechos de explotación había arrancado a los españoles a raíz de la victoria de Yaguachi.

En tales circunstancias, si el ejército realista de Aymerich hubiese continuado su avance hasta Guayaquil, la gloriosa gesta del 9 de Octubre de 1820 hubiese quedado anulada por completo.

Sin embargo, en esa ocasión los patriotas de Quito salvaron a los patriotas de Guayaquil de su total exterminio a manos de las vengativas autoridades españolas. Apenas tuvieron noticias del desastre de Huachi, se valieron de ciertos funcionarios y juristas de la capital, para plantear contra Aymerich un juicio por abuso de poder en el trato inhumano dado a sus soldados y obligarlo a presentarse de inmediato ante los tribunales de Quito con el fin de desvanecer los cargos. Estas diligencias entretuvieron a Aymerich en la capital por dos semanas, tiempo suficiente para que también el abatido general Sucre reaccionase y, ante la imposibilidad absoluta de defensa inmediata, acordase un armisticio con los españoles, bajo pretextos de canjear prisioneros, dando él los de Yaguachi a cambio de los que habían sido tomados en Huachi. Esta oportuna tregua y la proximidad otra vez del invierno en la Costa alejaron al menos por esos meses el inminente peligro de que Guayaquil volviese a caer en manos de los españoles.

VI—ASALTO A LA CORDILLERA Y OCUPACION DE CUENCA

Afortunadamente Sucre era un hombre de admirable tenacidad en la consecución de sus ideales. Una vez dominada la depresión de los primeros días y a pesar de haber quedado aniquilado en el campo de batalla, volvió una vez más al recurso de su pluma, arma secreta que a la larga había de resultar aun más eficaz que su propia espada. En aquellos días escribió al Libertador, al Vicepresidente Santander,



al Ministro Guerra de Colombia, al general San Martín y a su viejo amigo y oficial del batallón colombiano Numancia en el Perú, exponiendo sus necesidades con decoro y pidiendo ayuda. La derrota que acababa de sufrir aquel joven y pundonoroso general convenció a todos sus amigos y simpatizantes de que había que apoyarlo a la medida de las posibilidades. Así, pues, de Colombia comenzaron a llegar nuevos grupos de soldados, entre los cuales el arribo del batallón Paya constituyó un acontecimiento. Esos nuevos contingentes eran conducidos de Guayaquil a Samborondón y Babahoyo para ser organizados y entrenados sin pérdida de tiempo. Hacia fines del año 1821 el propio general San Martín cristalizó su anhelo de apoyar la causa independentista en todas partes con el envío de una división peruana de 1.000 hombres a órdenes del entonces coronel Santa Cruz. Sobre estas bases Sucre concibió un plan de campaña contra la Audiencia española de Quito mucho más objetivo e inteligente.

Ocupados estratégicamente los caminos tradicionales de la Costa a la Sierra y suscrito el armisticio con el movimiento independentista de Guayaquil, los españoles creyeron que la paz estaba garantizada al menos durante los meses de invierno de 1822. Pero Sucre, pretextando la ruptura del armisticio de parte de los realistas con la llegada de tropas españolas a Quito por Esmeraldas a órdenes del posible Virrey Mourgeón, resolvió escalar la Cordillera por uno de los lugares más escarpados e imprevisibles. Así, pues, hizo bajar a sus tropas desde Babahoyo y Samborondón, para partir de Guayaquil por la orilla oriental del río Guayas rumbo hacia Santa Rosa de Machala. A esa altura y sin disponer de otros caminos que de borrosos senderos de montaña, arrojó la dura tarea de escalar con su ejército el paredón de los Andes por la cuenca del río Jubones. Aunque el fatigoso ascenso se prolongó por varios días, evitó por completo la oposición del enemigo, el cual jamás había soñado con semejante posibilidad. Llegado por fin en el alto de la Cordillera al pueblo montañés de Yulug, ahí sus tropas descansaron cuatro días. Desde ese punto Sucre despachó avanzadas guerrilleras hacia Latacunga y el Cañar para mantener despierto al enemigo y perturbar su movilización. Luego pasó a Saraguro, para esperar ahí a las tropas peruanas a órdenes de Santa Cruz y renovar contactos con los espías patriotas de Cuenca y Quito. La llegada

de la división peruana, compuesta de los batallones Piura y Trujillo, fue casi simultánea, haciendo subir de pronto al ejército patriota a más de 2.000 hombres.

Sabedor en Cuenca el coronel español Toldrá de la llegada de Sucre a Saraguro, salió a detenerlo al frente de 1.200 hombres; pero, habiendo avanzado hasta la población de Girón, vecina al Portete de Tarqui, tuvo noticias de que los colombianos se habían unido a una división peruana y resolvió volver a Cuenca lo antes posible y hacerla evacuar y unir sus fuerzas a las de la Real Audiencia de Quito en el Norte. En consecuencia el ejército libertador de Sucre pudo entrar en Cuenca sin estorbos (8) el 22 de Febrero de 1822.

Aunque el objetivo final de Sucre era la ocupación de Quito, se vio obligado a detenerse en Cuenca hasta el 10 de Abril, para dar comienzo a la organización republicana de aquel distrito, reestructurar adecuadamente a su ejército y dar tiempo de llegar a los nuevos refuerzos anunciados de Colombia. Durante aquellas siete semanas de descanso relativo para la tropa la actividad de Sucre en todos los órdenes fue realmente asombrosa.

Pocos días después de su llegada a Cuenca recibió la denuncia de que algunos soldados peruanos de los recibidos de San Martín iban a los mercados de la ciudad y, prevalidos de sus armas, tomaban sin pagar lo que les venían en gana de las vendedoras. Cosa parecida hacían en el campo con la gente que traía a vender sus productos en la ciudad. Tales abusos se oponían directamente a la táctica de Sucre, el cual se había propuesto atraer a todo el mundo a base de gentileza y magnanimidad. Así, pues, ante denuncia tan bochornosa para él, impuso "la pena de 200 palos a quien robase el valor de un real y la pena de muerte a quien robase más de un peso (9). Sanciones tan duras resintieron a la división peruana y Santa Cruz resolvió volverse con sus batallones al Perú el 29 de Marzo, cuando Sucre tenía ya todo listo para marchar contra Quito. Así, pues, el cumanés se opuso enérgicamente a tal retiro, haciéndole saber al coronel Santa Cruz que había escrito a sus superiores que su división se podía marchar sólo cuando el Perú le hubiese devuelto el batallón colombiano Numancia. Su actitud resuelta detuvo a los peruanos, aunque su papel de meros mercenarios fue cada día más clara hasta el fin.

VII—AVANCE DE CUENCA A QUITO Y BATALLA

DE PICHINCHA

Además de los 1.000 hombres de Santa Cruz, el ejército con que contaba Sucre al salir de Cuenca llegaba aproximadamente a 2.300, los cuales todavía aumentaron en 200 con la incorporación de las compañías del Magdalena al mando del coronel Córdova, que les dieron alcance en el camino. Los cuerpos emancipadores avanzaron en forma escalonada por batallones. El enemigo, apostado en los puntos estratégicos del camino hacia Riobamba, fue retirándose, poco a poco sin presentar batalla. Gracias principalmente a los aportes de los patriotas cuencanos se habían podido formar varios escuadrones de caballería, los cuales a órdenes de los coroneles Ibarra y Lavallen obtuvieron una brillante victoria cerca de Riobamba sobre la célebre y temida caballería española. Sucre, en cambio, perdió una buena ocasión de destrozarse la infantería enemiga, porque el comandante Olazábal y su batallón Trujillo se negaron a entrar en combate, por cuanto ese día sólo se había dado a dicha unidad 5 de las 6 reses que se les daba de ordinario para el rancho (10).

Los españoles tampoco se atrevieron a resistir en las ciudades de Riobamba y Ambato, en donde el ejército de Sucre fue recibido como triunfador. Igual cosa sucedió en Latacunga, en donde el joven general venezolano hizo un nuevo alto, para dar un descanso a las tropas y tomar contacto con la red de espías y la quinta columna de patriotas en la ciudad de Quito. Entre varias informaciones importantes ahí supo cómo el Marqués de Solanda, el prócer Vicente Aguirre y varios otros patriotas prominentes habían sido encarcelados por Armerich, al haber sido capturados en el camino ciertos mensajeros suyos con informaciones secretas para Sucre. En todo caso, gracias a varias noticias secretas recibidas, no guió a su ejército por el camino real al pie de la Viudita y Jalupana sino que lo hizo remontar por el Este al pie de los glaciares del Cotopaxi y Sincholohua y bajar a acampar en el valle de los Chillos. Mientras hacía explorar los posibles pasos para su ejército desde el valle hacia Quito cruzando la cadena de colinas Puengasí-Itchimbia-Carretas por medio de escuadrones de caballería y patrullas de infantería,

en los días 17 y 18 de Mayo Sucre volvió a escribir varias cartas al cuerpo de espionaje patriota de la ciudad para actualizar datos y estimularlos al boicot contra los españoles. Luego, en la noche del 20 a 21 de Mayo efectuó una marcha a media noche con toda la división y logró pasar sin ser notado a la llanura del otro lado de la cadena de colinas, situándose entre éstas y las faldas del Pichincha. Entre tanto el enemigo había tenido tiempo para replegarse hacia Quito y ocupar ahí las fortificaciones meridionales de la ciudad.

Con el fin de hacerle salir de aquellas fuentes, Sucre presentó batalla campal en la llanura a donde había llegado en los días 22 y 23, sin lograr que los españoles abandonasen sus posesiones, a pesar de las ventajas de terreno que Sucre les ofrecía a propósito.

El estratega venezolano juzgó que un asalto a la ciudad a través de las fortificaciones del Sur habría de ser en extremo sanginario y de dudosos resultados. Así, pues, resolvió efectuar nuevamente una marcha nocturna de su división por entre las estribaciones del Pichincha, para colocarla en el Ejido septentrional de la ciudad, por donde la entrada a la misma era menos accidentada.

Así, pues, no ya con el objeto de presentar batalla sino de pasar desapercibido en una marcha nocturna, dio todas las instrucciones pertinentes para partir desde el pueblo de Chillogallo (en torno al cual había acampado el ejército patriota). Así, pues, aproximadamente a la una de la madrugada del día 24 de Mayo de 1822 adelantó en la vanguardia al coronel Córdova con sus dos compañías del batallón Magdalena (11), instruyéndoles que condujesen la marcha por el camino viejo que orillaba las faldas del Pichincha hasta dos o tres kilómetros antes de la entrada a la ciudad por el costado occidental del Panecillo; a esta altura debían remontar una cuchilla del Pichincha y avanzar por el otro costado para no ser vistos desde la ciudad. A continuación del Magdalena fueron despachados con intervalos prudenciales los Cazadores Nº 1, el batallón Trujillo, el batallón Piura, el de Granaderos, el de Yaguachi, el Paya, los Cazadores Nº 2, y finalmente el Albión, al cuidado del cual iban el parque y las pequeñas piezas de artillería.

Para mala fortuna las lluvias de Mayo de ese año habían puesto el viejo camino casi intransitable. A pesar de eso y de las tinieblas de la noche, la vanguardia del coronel Córdova llegó al punto del Pichincha,

donde iba a tener lugar horas más tarde la batalla (no muy lejos del sitio en que hoy día se levantan las edificaciones conmemorativas de la misma) a las ocho de la mañana. Tal vez ahí o en algún otro punto fueron vistos por alguien que avisó a Aymerich de la maniobra patriota, el cual reaccionó de inmediato y dio orden de juntar sus tropas e impedir el paso a la división de Sucre. Mientras tanto éste había llegado a la "Cima de la Libertad" con los Cazadores Nº 1 y ordenado detenerse, mientras el Albión, que se había quedado con el parque atascado en una quebrada a un kilómetro de Chillogallo, les daba alcance. La orden de alto no había llegado a la vanguardia del Magdalena, pues sus hombres andaban bien arriba camino de Cruz Loma.

A las nueve y media de la mañana, hora en la cual Aymerich había podido reunir a su ejército y lo lanzaba contra los patriotas para cortarles el paso hacia el Norte, la división de Sucre estaba desparramada en una extensión aproximada de diez kilómetros, desde el barranco cercano a Chillogallo hasta las estribaciones altas del Pichincha. La consigna dada por el general español a sus oficiales era la de dominar el lomo de la cuchilla por donde iban los patriotas para impedirles el paso desde arriba. Sucre nos advierte que el paraje en donde de hecho se trabó el combate era tan pendiente, que la caballería no podía maniobrar y tan estrecho que "apenas permitía entrar más de un batallón". Al iniciarse el ataque quienes repelieron la agresión fueron los Cazadores Nº 1, los cuales andaban por ahí inspeccionando el sector y de pronto se toparon manos a boca con el ejército enemigo. El propio general Sucre los estaba comandando y ordenó hacerles frente e impedirles la subida, mientras les durasen los proyectiles. Como a continuación venían los batallones de mercenarios peruanos, Sucre ordenó a Santa Cruz entrar en acción. De aquellos dos batallones la tropa del Trujillo se portó muy bien, aunque la oficialidad se colodó a la retaguardia lista a huir en cuanto al Piura, cuando le llegó el momento de actuar, había desaparecido de su puesto, "huyendo por entre las rocas del Pichincha" y, según Sucre lo declaraba más tarde, "no lo hemos visto más hasta que terminó felizmente la acción" (12).

Así, pues, esos momentos resultaron ser de extrema angustia para el joven general venezolano, pues entonces el enemigo pudo subir algo más arriba hacia el lomo de la cuchilla defendido por los patriotas. Por

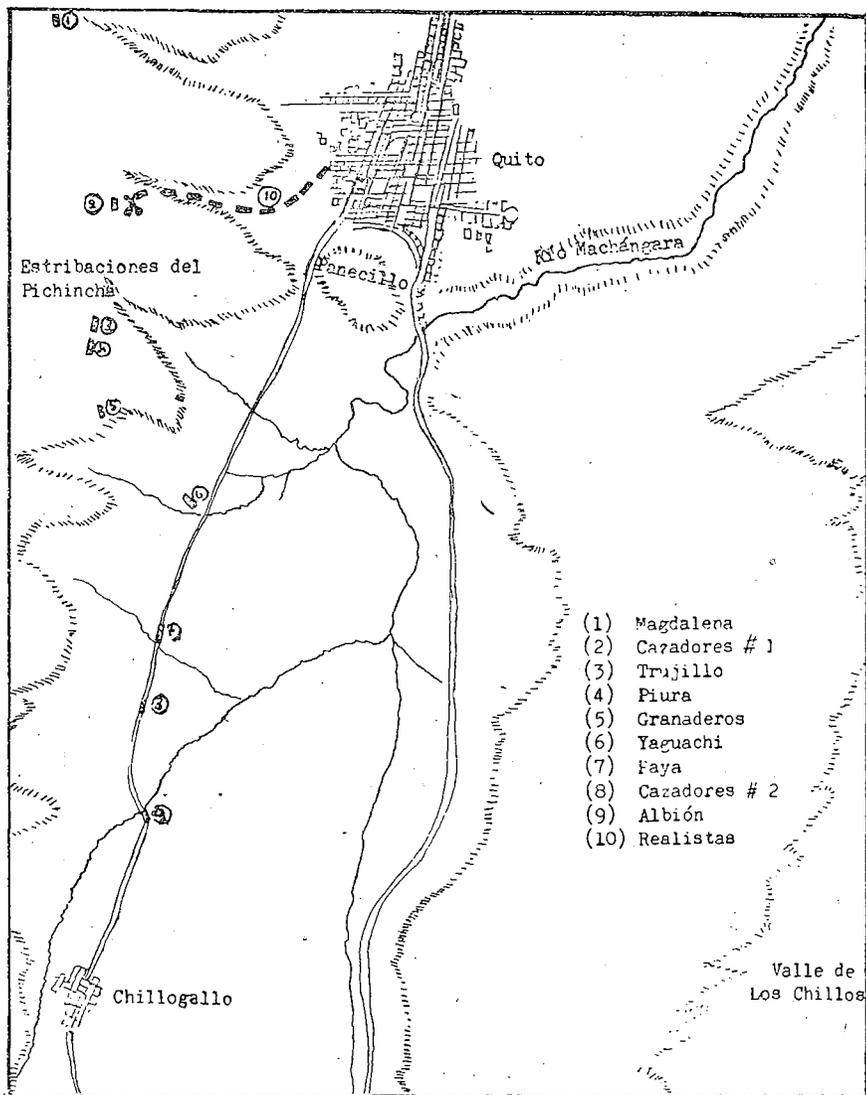
fortuna "a tres tiros de fusil" venía el escuadrón de Granaderos con el coronel Ibarra a la cabeza. A pesar de los problemas provenientes del terreno para la caballería, ordenó a sus jinetes no dejar escapar al Trujillo en tanto que les llegaran refuerzos, mientras él mismo desmontaba para luchar a pie con algunos de los suyos.

Para buena fortuna de la causa de Sucre y la Libertad, en esos precisos momentos hizo su arribo el batallón Yaguachi a órdenes del intrépido coronel Morales. Ocupada la línea de fuego, sus hombres detuvieron al punto el avance enemigo. Luego se trabó una lucha larga e intensa con muertos y heridos de parte y parte. Aquí verosíblemente tuvo lugar el episodio del joven teniente cuencano Abdón Calderón, el cual, según el testimonio del mismo general Sucre (13), "habiendo recibido consecutivamente cuatro heridas, jamás quiso retirarse del combate".

Por su parte el coronel Córdova, que para el momento en que sonaron los primeros disparos andaba por las estribaciones de Cruz Loma, pudo ver desde ahí el ataque y ordenó bajar directamente para atacar al enemigo por la espalda. Sin embargo, la profunda quebrada que bajada hacia el Tejar les impidió el paso y, así, tuvieron que regresar al sitio del combate por donde habían venido, empleando un tiempo mucho mayor.

Mientras tanto el batallón Paya pudo llegar a reemplazar al heroico Yaguachi, agotado ya en gente y proyectiles. Estos últimos, atascados como hemos dicho en la quebrada junto a Chillogallo, no llegaban todavía y su ausencia ponía al ejército patriota en una situación difícil. En todo caso el Paya gastó todos los suyos, procurando aprovecharlos en la mejor forma posible. Pero, cuando al fin también sus municiones se habían acabado, Sucre, condecorado del coraje y destreza de este cuerpo colombiano, pidió a su jefe, el coronel Leal, que ordenara una carga a la bayoneta. Así se hizo, en efecto, "con un brío que hizo perder al enemigo en el acto la ventaja" (Sucre). Pero para esos momentos un batallón español trepó por dentro de un bosquecillo que cubría una ladera cercana, para flanquear a los patriotas empeñados en el combate. Contra ellos fue el general Mires con sus Cazadores N^o 2. También el coronel Córdova llegó en esos momentos al sitio de la lucha y entró a sustituir al Paya. Finalmente hizo su arribo el Albión con

BATALLA DE PICHINCHA A LAS NUEVE Y MEDIA DE LA MAÑANA



el parque, lo cual en pocos minutos cambió el sentido de la lucha y a las doce del día comenzó la fuga de los realistas hacia la ciudad, yendo a refugiarse la mayoría de ellos en el fortín del Panecillo. Por su parte la caballería española, al presenciar la fuga incontenible de los suyos, también escapó en masa hacia el Norte con dirección a Pasto. Sucre ordenó al coronel Ibarra salir en su persecución, mientras él mismo dirigió la ocupación de la ciudad hasta los arrabales del Sur, después de haber despachado al coronel O'Leary a entrevistar al general Aymerich para pedirle la rendición y evitar mayor derramamiento de sangre. De hecho estas acciones secundarias les ocuparon hasta el otro día.

VIII—ADMINISTRACION DE SUCRE EN QUITO Y REBELON DE PASTO

Entre las primeras actividades de Sucre al día siguiente estuvo la de poner en libertad a los presos políticos, capturados por los españoles por haber auspiciado en una u otra forma su llegada. Entonces tuvo ocasión de abrazar al Marqués de Solanda, al coronel Vicente Aguirre, a Don Pedro Montúfar, etc., que tanto habían colaborado para su avance triunfal por la Sierra y su misma victoria en el Pichincha, influyendo poderosamente en el ánimo de los criollos alistados en las filas españolas. En esa misma mañana, al buscar alojamiento para una parte de sus tropas en el convento de Santo Domingo, tuvo ocasión de conocer también en forma casual a la esposa del Marqués de Solanda y a su hija, Mariana, las cuales se habían refugiado ahí por temor a un posible saqueo. En la tarde de ese mismo día, después de asistir a la sesión solemne del Cabildo en que se le proclamaba Padre de la Patria, admitió también la invitación a un baile en su honor y en él tuvo oportunidad de bailar con Mariana, la ingenua y romántica hija del Marqués de Solanda, la cual le impresionó por la lozanía de sus 17 años y sus sueños infantiles de emancipación. Como por extrema penuria económica durante la campaña sus soldados habían peleado en Pichincha con uniformes desgarrados y podridos, Sucre aprovechó esas

coneciones para pedir al Cabildo que se hiciera una colecta especial para vestir a los vencedores de Pichincha (14).

La caída de la Real Audiencia de Quito había dejado en acefalía la administración pública desde la presidencia de Quito hasta las gobernaciones y cantones de la Sierra desde Pasto hasta Loja y de la Costa desde Santa Rosa de Machala hasta Tumaco. Por fuerza de las circunstancias Sucre tuvo que hacerse cargo de la jefatura civil de todo ese territorio emancipado. Para demostrar su confianza en los sentimientos patrióticos de aquellos antiguos funcionarios de Aymereich, confirmó a todos en sus cargos, excepción hecha de Cuenca, en donde había puesto de gobernador a su viejo amigo el coronel Heres, y de Pasto, cuya capitulación y organización civil quedó a cargo del propio Libertador, el cual se presentó en esa ciudad después de dos semanas de la victoria de Pichincha.

Entre las preocupaciones más urgentes de Sucre estuvo la de la provisión de alimentos, vestuario y sueldos para sus soldados, justamente para poder exigir de ellos disciplina y corrección. Pero por efectos del militarismo español, implantado en la Sierra por causa de los continuos brotes emancipadores de sus habitantes, sus riquezas agrícolas y ganaderas habían quedado medio exhaustas, motivo por el cual las contribuciones económicas resultaron ser extraordinariamente duras aun entre los patriotas más fervorosos. Quienes, a pesar de su pobre papel en la campaña y más particularmente en la batalla de Pichincha, más perentoriamente exigían sus pagas (so pena de saquear la ciudad en caso de no hacerlo en la primera quincena de Junio de 1822) fueron los mercenarios peruanos a órdenes del general Santa Cruz (15). Por ese motivo Sucre se apresuró a reunir el dinero para pagarles en forma generosa y los despachó cuanto antes a su tierra.

El general Sucre también precisó fondos especiales para dar una digna bienvenida al Libertador Simón Bolívar, presidente de Colombia en esos días, el cual llegó a Quito desde Pasto el 16 de Junio de 1822. Entre los primeros actos de su gobierno, Bolívar confirmó a Sucre en su función de "intendente" o jefe supremo del "Departamento del Sur", cuyo territorio se extendía desde Pasto hasta Jaén sobre el Amazonas. No fueron parte para cambiar esa designación las protestas del joven general venezolano, el cual se decía ser sólo hombre

de armas y desconocer la administración civil. Durante su estadía el Libertador pudo resolver unas pocas cuestiones de administración, remitiendo las más al Congreso de Colombia en Bogotá. Al cabo de dos semanas de estadía (2 de Julio de 1822) Bolívar partió a Guayaquil y desde Guaranda se hizo acompañar de 500 veteranos de Pichincha, pues la situación del Puerto en esos días no le pareció clara. Sin embargo, su influencia moral fue decisiva a favor de Colombia en los guayaquileños. También ahí tuvo lugar su famosa entrevista con el general San Martín, la cual por desgracia no produjo resultados positivos con respecto a los dos grandes movimientos independentistas de Sudamérica.

Por su parte el general Sucre se dedicó en cuerpo y alma a su tarea de organizar el "Departamento del Sur" en todos los órdenes. Excepción hecha de los españoles realistas a los cuales se les exigió abandonar el País como enemigos del régimen, no utilizó tipo alguno de violencias y castigos para imponer la cooperación social y la justicia, pues él daba el ejemplo de abnegación de cuantos sacrificios exigía de los ciudadanos en aras del más genuino patriotismo. Esta cooperación mutua entre gobernante y gobernados sin violencia antes con entusiasmo y sacrificio es un ejemplo excepcional en la Historia y fue el origen de aquel amor mutuo incomparable, con que Sucre vio al Ecuador hasta su muerte y los ecuatorianos lo miraron y lo siguen mirando hasta el presente.

Sin embargo, eso de haber puesto el alma entera en su trabajo para el bien común y sin buscar para si gloria o fortuna, vino a resentir sus fuerzas físicas, a pesar de poseer una anatomía curtida a la intemperie y que florecía en el vigor de los 27 años. Como consecuencia de las privaciones y penalidades sufridas en Guayaquil durante el invierno anterior, le había aparecido una enfermedad al pecho, que le producía ahogo y fatiga al escribir. Este mal se presentó otra vez en Quito, limitando su actividad contra los deseos de su férrea y ardorosa voluntad. Para descansar tomó la costumbre de salir los domingos al campo y, dada la intimidad que se había formado entre él y el Marqués de Solanda, su refugio favorito fue desde entonces el aire y la soledad de la hacienda de Chishinche en el valle de Machachi al pie

de los Tlinizas. Con esta ocasión pudo conocer más a fondo a la hija mayor del Marqués de Solanda y Villarcoche, Mariana Carcelén Larrea.

La hidalgía y sensibilidad del vencedor de Pichincha había ofrecido a los sobrevivientes españoles del ejército realista una capitulación notablemente humanitaria y generosa. No había tomado represalias de ninguna clase ni siquiera contra el coronel venezolano, Nicolás López, el traidor de Babahoyò, que encabezaba la lista de prisioneros. Todos ellos debían ser deportados por cuenta del Gobierno de Colombia hasta Cuba, para que en esa colonia española la Corona dispusiese de su destino ulterior. A comienzos de Septiembre de 1822 habían salido de Quito la mitad de los prisioneros de Pichincha, entre ellos el general Aymerich, dando un ejemplo notable de fidelidad a su palabra y gratitud ante la hidalguía del general Sucre. Pero no todos los españoles respetaron su palabra y resolvieron retirarse del país en paz. En la prisión de Quito había un grupo de oficiales y soldados que, apoyados por muchos compatriotas suyos civiles mal resignados a salir del Ecuador y perder aquí sus bienes raíces, preparaban un contragolpe militar contra el régimen republicano de Quito. Los prisioneros descontentos llegaban a un centenar y estaban acaudillados por los coroneles Benito Boves y Juan Muñoz. Todos ellos fraguaron una fuga masiva y consiguieron efectuarla con éxito a mediados de Septiembre de 1822. Los prófugos debían concentrarse en Pasto, para desde ahí, aprovechando las armas y el elemento humano español de esa ciudad, contramarchar contra Quito y restablecer la Real Audiencia española. La fuga sorpresiva de los prisioneros fue un éxito completo y Boves, que llegó al fin, pudo llevar consigo de Quito a Pasto un considerable cargamento de armas y municiones. Las diligencias ordenadas por Sucre a las autoridades civiles de los pueblos en el camino a Pasto fueron totalmente estériles.

Hacia fines de Octubre llegó a Quito la noticia de que en la ciudad de Pasto se había producido un motín a favor del Rey, sin que las autoridades colombianas hiciesen nada efectivo para sofocarlo. El general Obando se hallaba al frente de las fuerzas armadas para resguardo de la plaza. Sucre le escribió el 1º de Noviembre, pidiéndole explicar su conducta y anunciándole el envío del batallón Rifles y un escuadrón de caballería para asumir el control de la ciudad. Obando



se justificó restando importancia a aquel motín y mostrándose dispuesto a cumplir sus órdenes. El despacho de las tropas desde Quito se hizo efectivo a la brevedad posible, yendo al frente de ese ejército el general Barreto. Sucre le ordenó que llevara a la tropa y la juntase a la de Obando, sin comprometerse en ningún tipo de acción de armas hasta la llegada de él mismo, pues Sucre en persona había resuelto tomar la dirección de la guerra. Así, pues, tan pronto como Bolívar subió de Guayaquil y el coronel quiteño Vicente Aguirre fue nombrado "Intendente interino de Quito", el joven general cumánés marchó por sus jornadas hasta Tulcán y Túquerres para conocer de cerca el problema y darle solución. Para ese tiempo la región de Pasto había sido tomada por los españoles rebeldes, aprovechando los puntos estratégicos del Nudo de Pasto desde el profundo cauce del río Guátara, cuyo puente en el carretero había sido volado y cuyos temerosos rápidos hacían imposible todo paso de tropas desde el Sur. Después de varios días de inspección Sucre no pudo averiguar nada sobre el número de soldados enemigos sobre las armas, los puntos estratégicos de la región y la cantidad de armas de que disponía. En vista de estas incógnitas, Sucre consultó a Bolívar en Quito sobre lo que se debía hacer y éste le aconsejó esperar unos días más los refuerzos colombianos que él había ordenado venir de Guayaquil.

Sucre obedeció. Los refuerzos llegaron a Túquerres sólo el 20 de Diciembre y éstos consistieron en un batallón colombiano y otro quiteño alistado por el Libertador localmente a última hora. Entonces el joven general venezolano puso en juego todos los recursos de la técnica, la táctica, el valor y la tenacidad, para desarrollar una acción de armas verdaderamente dramática e increíble. Se armó un puente sobre el Guátara bajo el fuego enemigo desde los murallones de la otra orilla para el cruce de la vanguardia; luego se escalaron aquellos acantilados para barrer al enemigo de sus posesiones y permitir el paso del ejército; más adelante en tres puntos estratégicos en donde los españoles se habían hecho fuertes sólo el pundonor militar de los jefes subalternos de Sucre pudieron abrir una brecha para desalojarlos; la Nochebuena de 1822 debió ser consumida por el ejército patriota, acampando junto al puente de la Trocha, no lejos de la ciudad de Pasto; y sólo el 25 de Diciembre por la tarde se procedió al asalto

de la ciudad. Sucre volvió a triunfar al fin, aunque las fatigas asumidas por él personalmente al haber tenido que avanzar con un uniforme totalmente mojado y a pie acabaron de destruir sus fuerzas físicas. Así, pues, al presentarse en Quito al comienzo de Enero de 1823, tan impresionante era su aspecto, que el propio Libertador le ordenó abandonar todas sus tareas administrativas y militares, para retirarse al campo y mirar por su salud todo el tiempo que le hiciese falta.

IX—DESCANSO IMPOSTERGABLE PERO INTERRUMPIDO

Sucre agradeció desde lo más profundo de su ser el descanso impuesto por el Libertador, pues se sentía realmente exhausto y desde meses atrás sentía un hastío invencible hacia la administración civil. Pero, a pesar de que desde el comienzo se había propuesto cumplir al pie de la letra la orden de descanso, se vio obligado a permanecer en Quito hasta el 21 de Enero de 1823, por las complicaciones políticas de esos días en que se hallaba enredado su íntimo amigo, el coronel Aguirre, en su cargo de "Intendente interino de Quito". Pero al fin desde el día siguiente pudo disfrutar a gusto de la quietud del campo en las tranquilas faldas de los Ilinizas, que pertenecían a la hacienda de Chishinche. Entre las medidas adoptadas para su recuperación una fue la de dejar de escribir. Junto a eso, el aire de las montañas, la alimentación campesina fresca y abundante, el ocio en la casona de la hacienda y los paseos por sus alrededores para relajar los nervios cooperaron eficazmente a su mejoría. Pero con la renovación de sus órganos y la distensión de sus preocupaciones interiores, en el fondo de su ser se despertó, engalanado con sus habituales galas intangibles y fascinantes, el amor hacia Mariana, la hija mayor de la familia, la cual desde el comienzo, profundamente conmovida ante su aspecto cadavérico, lo había tomado a cargo para curarlo y entretenerlo con toda clase de delicadezas. Tantas promesas de felicidad halló tras esas negras pupilas y a través de los delicados dedos que lo cuidaban, que la vida misma en torno a él comenzó a cambiar de sentido y orientación. El enamoramiento mutuo y las maravillas bucólicas en torno a ellos penetraron tan profundamente en su interior, que le indujeron

a dar su palabra de soldado para casarse a la brevedad posible con Mariana Carcelén, la hija mayor y heredera del Marquesado de Solanda y Villarrocha.

El Libertador, que precisaba de Sucre como de su brazo derecho para la obra emancipadora por terminar, jamás soñó que el descanso impuesto al joven cumanés como medida impostergable para su futura utilización había de terminar en un romance tan apasionado y enervante. Este era el motivo por el cual Bolívar escribía en esos días: "El Intendente de este Departamento (Sucre) se ha propuesto hacerse amar y no vale nada con este motivo". En efecto, por esos días el apasionado cumanés no quería otra cosa que asumir a lo más el mando supremo del ejército y verse libre para siempre del cargo de intendente.

Así lo hizo al cabo de un mes de descanso, esperando en esa forma prestar un valioso servicio a la Patria desde su despacho de la comandancia del ejército en Quito. Esas pocas horas de trabajo en el despacho militar eran la única interrupción que su corazón apasionado creía que podía tolerar.

X—LARGA AUSENCIA

Pero a comienzos de Marzo de 1823 el general Sucre recibió una carta del Libertador, en la cual le comunicaba que el 20 de Enero pasado la división patriota del Sur del Perú, compuesta de 5.000 hombres, había sido totalmente aniquilada por el general español Canterac en Villa Mcquegua, razón por la cual Bolívar se disponía a marchar con la división colombiana para apoyar ahí la causa emancipadora. En esa carta el Libertador no pedía a Sucre su cooperación personal sino su influencia para lograr del Ecuador una elevada contribución pecuniaria para la guerra, la cual debía ser entregada al Libertador por él mismo en Guayaquil. También le pedía el envío de las tropas acuarteladas en Quito y Cuenca, para hacerlas tomar parte en la próxima campaña.

Ante semejante noticia Sucre se sintió conmovido en sus fibras bélicas más profundas y desde ese momento desarrolló una actividad febril en ordenar la movilización general del ejército y recolectar fondos para la guerra. En su afán de emplear todos los medios a su al-

cance, llegó a vender en pública subasta el Ejido de la ciudad de Quito, excepción hecha de la superficie estrictamente necesaria. Sin embargo, en Guayaquil se daba por seguro que el Libertador había llamado a Sucre para ir al Perú y ponerse al frente de la campaña. Ante semejante noticia la familia Solanda pidió a Sucre que, si realmente había resuelto casarse con Mariana y las premuras de la guerra no permitían hacerlo con la solemnidad correspondiente a su categoría social, al menos los novios procediesen a efectuar la ceremonia del compromiso nupcial, antes de partir a Guayaquil. Así se hizo, después de lo cual el joven general partió a Guayaquil el 1º de Abril de 1823 con el presentimiento de que a Quito no había de volver tan pronto como le pedían todos y más que nadie su propio corazón.

Tal como sospechaba, llegado a Guayaquil Sucre no pudo oponer resistencia alguna al Libertador, que le insinuaba el insigne servicio que haría a la causa emancipadora ayudándolo personalmente en la conducción de la guerra contra los españoles en el Perú. Lo que en todo caso Bolívar le prometió fue el licenciarlo definitivamente de las armas tan pronto como se concluyera esa guerra, para que Sucre entonces pudiese cumplir el sueño dorado de su vida, que era volver a Quito a casarse con Mariana Carcelén.

Con esa partida de Sucre hacia el Sur se dio comienzo a una epopeya interior en extremo apasionada y maravillosa. Esa guerra incesante del corazón contra los acontecimientos exteriores, que lo ataban inseparablemente a medios lejanos y exóticos, presenta a lo largo de cuatro años y medio todas las fases por las cuales puede pasar un corazón locamente enamorado y condenado a una ausencia que se alarga de día en día.

Sucre se había apartado de su "media alma" en Quito, casi engañándose a sí mismo, a la familia Solanda y a la ciudadanía quiteña en general, con la promesa de un retorno de Guayaquil en pocos días. Al comprometerse ahí con el Libertador, comenzó la primera fase de su amor, encadenado por otros motivos íntimos a un compromiso ineludible de amistad, aunque todavía pletórico de ilusiones ante la esperanza de un pronto regreso al nido que había comenzado a entretejer.

La segunda fase comienza a los tres meses de su salida de Quito, cuando en Julio de 1823 recibe una carta de Quito excesivamente lo-

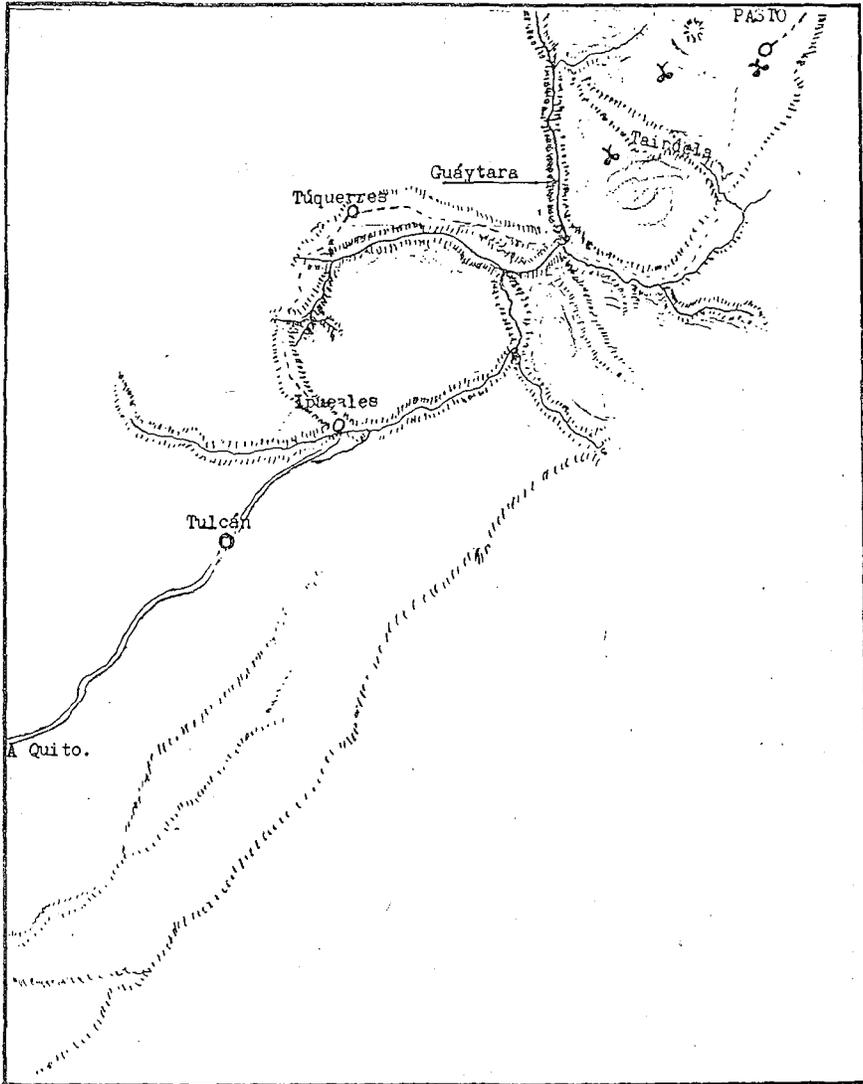
cuaz o malintencionada, en la cual se le da la funesta noticia de que, contra todo cuanto jamás pudo imaginar o temer, la Marquesa azul de sus sueños (tan prematuramente abandonada por él al comienzo del romance) lo había dejado definitivamente para unirse a otro hombre cerca de ella, el cual no estaba atado con él mismo a un destino lejano y podía quedarse junto a ella para siempre. La reacción que en su espíritu produjo semejante noticia fue parecida a la que puede tener un prisionero que acaba de ser condenado a muerte. En esos días a Sucre le pareció que todo había terminado en el mundo para él. Hecho un sombrío aunque aparentemente realista balance de su vida, los bienes de fortuna hasta entonces adquiridos se reducían a una renta de soldado fallecido para sus deudos, unos pocos bienes dejados en Quito (la "casita" y ciento arroba de oro dada a un inversionista) y su bagaje personal de uniformes y enseres personales. Todo esto junto lo dona a su familia en Cumaná en caso de muerte, aprovechando para ello la fidelidad de su gran amigo en Quito, Vicente Aguirre, el cual en ese testamento informal había de hacer de albacea. En consecuencia en esos días despacha su equipaje personal a Guayaquil con destino a Quito y, como último objeto ya completamente inútil para él, incluye en la remesa y en la lista de inventario el retrato de Mariana. Después de sentirse con eso libre ya de todo peso humano, se propone consagrarse con arrojo suicida a una campaña en extremo audaz y temeraria contra el cuartel general de los españoles en el Cuzco.

La movilización militar que Sucre realizó movido por este desencanto fue exitosa al comienzo, dura en extremo a la mitad y parcialmente desastrosa al fin por culpa del general Santa Cruz. Vuelto finalmente al Callao por fuerza de las circunstancias en Octubre de 1823, tuvo lugar la tercera fase de su amor atormentado. El Libertador había llegado allá con una larga comitiva del Norte, entre cuyos componentes había venido un viejo amigo suyo de Quito. Este le informó de que, a pesar de haber sido una realidad el que la joven Marquesa de Solanda había tenido un nuevo pretendiente, cuando éste la propuso matrimonio, tanto ella como su familia entera se habían opuesto a ello en fuerza del compromiso anterior contraído con el general Sucre. También se informó de que Don Felipe Carcelén, el Marqués padre de su prometida, había fallecido poco antes de su salida

de Quito. Esta doble noticia conmovió profundamente la exquisita sensibilidad de Sucre. Dentro de su corazón fue como si de pronto se hubiese terminado la noche y comenzara a despuntar una nueva aurora, llena de promesas luminosas. Por un lado podía estar cierto de la fidelidad inquebrantable de su novia y, por otro, la muerte de su padre privaba a aquel hogar del único varón en la familia, haciendo más perentorio su regreso al término de la distancia. En consecuencia, escribió de inmediato una serie de condolencias para la familia Solanda y en particular para Mariana, contándole lo sucedido, pidiendo disculpas por su silencio y haciéndole las más viriles promesas de presentarse en Quito a la brevedad posible. Otra serie de cartas fue dirigida a las autoridades colombianas solicitando formalmente su baja del ejército, a pretexto de la mala interpretación dada sobre su última retirada sin auxiliar a Santa Cruz. Sin embargo, también en esta ocasión la exquisita habilidad del Libertador consiguió que Sucre postergara una vez más su regreso a Quito para una fecha próxima aunque incierta.

La cuarta fase de aquel amor, esclavizado a territorios cada vez más lejanos pero más que nunca avivado por los últimos incidentes, se fue desarrollando a lo largo de la campaña de 1824 por las estribaciones de los Andes, de su genial victoria de Ayacucho y, más adelante, de su administración en Bolivia, primero como representante de Colombia y después como presidente constitucional de la nueva República. Esta última etapa se caracteriza por una impaciencia cada vez más desesperada de regresar a Quito, a tal punto que la banda presidencial aparece ante sus ojos como una pesada cadena, que le aprisiona a un lugar, lejos del cual desde mucho tiempo atrás vivía su corazón. De ahí mismo se origina su angustia y su furia por no recibir de Quito tantas noticias cuantas deseaba su amor cautivo ni tampoco el retrato de su amada, vuelto a pedir con desesperación. Durante este largo período que de hecho le ocupa por cosa de tres años, procura hacer realidad los sueños de hacer venir a Mariana a Bolivia para celebrar ahí sus bodas, aunque desiste en vista de los posibles peligros del viaje. Finalmente da su firma para un matrimonio al menos por poder, siguiendo la sugerencia de Bolívar. Concluye violentamente esta última etapa, cuando, gravemente herido en su brazo derecho por la revolución peruana que invade Bolivia, el Libertador le concede al fin licencia para regresar a Quito

LOS COMBATES PARA LA TOMA DE PASTO



temporalmente para recuperarse. El hombre enamorado emprende al punto su retorno, sin preocuparse siquiera de los bienes de fortuna que ahí poseía ni del mal estado de su brazo que hacía muy penoso el largo camino de su vuelta.

XI—DE VUELTA EN QUITO AUNQUE PERSEGUIDO POR LA GUERRA

La imaginación del enamorado cumanés había reproducido a la distancia todo no visto en nuestros repliegues de los Andes, decorándolo con los mágicos vapores del ensueño. Pero a su llegada la dura realidad parecía haberse propuesto contradecir aquellos sueños, poniendo a prueba su corazón enamorado. Las circunstancias hicieron que desembarcase en Guayaquil el 19 de Septiembre de 1828 a media noche. Dado lo avanzado de la hora obviamente ninguno de sus amigos estuvo ahí para recibirlo. En aquellos tiempos ese "Departamento del Sur" de Colombia estaba gobernado por Juan José Flores, un oficial venezolano también, más joven que él y mucho menos famoso. Sabedor de su regreso al Ecuador, Flores había visto en Sucre un peligroso rival en la hegemonía de estas tierras ante los ojos del Libertador. Hacía poco tiempo no había podido cobrar de Doña Teresa Larrea, madre de la esposa de Sucre, la cantidad de 300 pesos, a título de empréstito obligatorio para la defensa del País. Así, pues, ante la noticia de la llegada a Guayaquil del célebre gran Mariscal de Ayacucho, la mezquindad de sus cálculos pequeños creyó hallar la ocasión propicia de recaudar ese dinero, cometiendo la descortesía de hacérselos cobrar, tan pronto como pusiese sus pies en la tierra que su espada había liberado del dominio de los españoles. El pundonoroso cumanés sintió no haberse preocupado de sacar de Bolivia sino el dinero indispensable para el viaje y, mucho más, el desconocimiento que con ello se quería hacer de sus sacrificios en pro de la independencia de aquel territorio. En tales circunstancias dominó su reacción ante el oficial subalterno que hacía el cobro y le ofreció arreglar aquella cuenta en Quito. sin embargo, a primera hora del día siguiente fueron apareciendo sus viejos y fieles amigos y más tarde

el mismo Flores le presentó su saludo oficial, ofreciéndole por fórmula la comandancia general del ejército. El mariscal Sucre, que tenía su brazo derecho todavía enfermo, agradeció también por fórmula el ofrecimiento y le hizo saber que su intención era dedicarse a la vida privada, en compañía de su esposa, la Marquesa de Solanda. Quien sí le brindó una bienvenida delirante fue el pueblo guayaquileño y, luego, las poblaciones del camino hasta llegar a Quito.

Pero para todos los sufrimientos y privaciones de los últimos tiempos estuvieron plenamente compensados, al llegar a su casa en Quito y estrechar entre sus brazos a la Marquesa de sus sueños, la cual a la distancia se había convertido en esposa legal suya.

A pesar de la aparente distinción con que se le recibió en aquella casa, comprada con el dinero suyo y de su esposa (el mismo edificio de Quito que hoy día se conoce con el nombre de "Casa de Sucre"), el Mariscal pronto se dio cuenta de que aquel lujo era únicamente de oropel, pues en el fondo aquella familia de rancia aristocracia sufría necesidad. El pago de los 300 pesos de préstamo forzoso fue hecho con sacrificio, aunque Sucre no lo dio con carácter de empréstito al Estado sino como obsequio para la defensa del territorio nacional.

A lo largo de su vida Sucre había ahorrado un capital apreciable y esperaba recaudarlo en breve tiempo. Para poderlo invertir en la forma más rentable, emprendió con su amigo Vicente Aguirre un viaje de prospección a las montañas noroccidentales de Mindo. Pero en el camino que emprendió a mediados de Diciembre de 1828 le sorprendió la noticia de la invasión a Loja del ejército peruano y se apresuró en regresar, para colaborar a la medida de sus fuerzas en la defensa de la Patria.

XII—LA VICTORIA DEL PORTETE DE TARQUI

Desde su casa de Quito dictó (en ese tiempo la herida de su brazo derecho no le permitía escribir por sí mismo sino unas pocas líneas) una larga carta para el general Flores (16), en la cual sin sombra de egoísmo ponía a su disposición todas las experiencias suyas personales sobre la naturaleza del enemigo y las características topográficas del

terreno sobre el cual se iba a desarrollar la guerra contra el Perú. Pero, recibida oportunamente esta invaluable información, Flores se sintió devorado por el celo y sólo vio en ella el portillo que pretendía abrir su rival para subir al poder. Así, pues, resolvió simplemente no darle ninguna contestación. Después de todo las fuerzas invasoras del Perú parecían ser inferiores en número a las suyas y también él era un general experimentado.

A pesar de este silencio, el mariscal Sucre decidió adelantarse por su cuenta hasta Riobamba. Lo hizo por sus propios medios. La estrechez económica de su hogar era en esos días momentánea pero real. Había contribuido con aquellos 300 pesos de empréstito forzoso para la defensa lentamente y de mala gana por las circunstancias y la forma en que se le había impuesto tal contribución. Pero la emergencia que se había presentado últimamente era cuestión de vida o muerte. Así, pues, en ausencia de Aguirre, tomó prestados de su esposa 10.000 pesos para invertirlos en las innumerables necesidades que se podían presentar para la defensa y abandonó de prisa aquel adorado hogar suyo, a cambio del cual hacía poco había dado el solio presidencial de Bolivia. Su partida de la hacienda de Chishinche se efectuó el 14 de Enero de 1829.

Sólo una semana después el general Flores pudo constatar que el invasor, habiendo en realidad partido del Perú con mayor número de soldados y recibido nuevos refuerzos a última hora, de hecho superaba al ejército ecuatoriano en un 50%. Ante esta funesta verificación de última hora él y cuantos conocieron esta información en el Gobierno y fuera de él dieron la causa ecuatoriana por pérdida. Así, pues, no queriendo él mismo manchar su hoja de servicios ante Bolívar con el baldón de una derrota y prefiriendo verlo más bien en la de su peligroso rival, decidió cederle el mando supremo del ejército ecuatoriano y colocarse él mismo en segundo plano para correr el riesgo a medias. El mensaje de Flores llegó prontamente a Sucre en Riobamba. En realidad el propio mariscal de Ayacucho veía el éxito de la guerra en forma enigmática, no tanto por la enorme inferioridad numérica entre atacantes y defensores sino, mas bien, porque a esta disparidad se añadían otra larga serie de factores negativos del momento, uno de los cuales era la mala alimentación de la tropa por falta de organización en su logís-

tica,. En todo caso la inminencia del peligro le indujo a arriesgar el todo por el todo y asumió el mando supremo sin rodeos, dirigiéndose a Cuenca sin pérdida de tiempo.

En esa patriótica ciudad la fe y el entusiasmo, al saber que quien les iba a defender era el mariscal Sucre, fueron universales. Por su parte Sucre, después de inspeccionar en Cuenca el total de las tropas ecuatorianas con que contaba y los jefes subalternos que las comandaban, ordenó avanzar hacia el enemigo sin demora. Como viejo estratega organizó una marcha escalonada con las precauciones de espías y patrullas de exploración echadas por delante. Al pasar de ida por el Portete de Tarqui, volvió a mirar en detalle aquella estratégica trampa. Desgraciadamente en esta ocasión el enemigo había asentado su cuartel general en Saraguro, población situada a 70 kilómetros hacia el Sur, y uno de los generales enemigos era Lamar, un cuencano de nacimiento, el cual conocía bien aquel sitio y sus peligros. Además de eso, las provisiones en el ejército ecuatoriano comenzaron a escasear, por lo cual la primera noche Sucre comenzó su consabida guerra de cartas desde su tienda de campaña, para pedir alimentos a los colaboradores más cercanos.

Después de haberse situado a 7 kilómetros del enemigo, comenzó a marearlo con una serie de movilizaciones hacia los costados y hacia atrás, para irlo atrayendo sin sentir al Portete de Tarqui, detrás del cual retrocedió sin ocupar siquiera las dos cumbres claves del paso, devaneciendo así las cautelas del enemigo. Aquella sutil atracción demoró varios días, causando hambre en los soldados por la mala provisión de víveres y algunas bajas por la intensidad del frío en las montañas; pero la sagacidad y constancia del experimentado Mariscal consiguieron al fin que un batallón enemigo ocupase la cumbre más estratégica del Portete con el fin de proteger el paso del ejército peruano. Entonces sí retrocedió para atacarlo. Hubo graves errores por parte de sus soldados, no bien conocidos y seleccionados para las maniobras ideadas por él. Pero en todo caso el combate se dio en el sitio escogido por Sucre de antemano, aunque fue preciso reconquistar el estratégico montículo ocupado previamente por el enemigo. La victoria provino de la técnica del hábil estratega cumánés y el fuego patriótico que había logrado prender en sus soldados. De haber estado



únicamente Flores al frente de la campaña, probablemente la aniquilación del ejército ecuatoriano habría sido total.

XIII—PARTIDA SIN RETORNO

Si con la victoria de Pichincha Sucre había sido el Libertador de los ecuatorianos, con el triunfo de Tarqui había señalado las primeras fronteras para el grande hogar común, dentro del cual él se convertía en su verdadero Padre. Por estos dos hechos las generaciones ecuatorianas del futuro habían de inmortalizar su memoria con laureles invisibles pero eternamente renovados. Sin embargo, él era enemigo de las manifestaciones callejeras ruidosas. Volvió a casa tan pronto como le fue posible y casi de incógnito. Ahí le esperaba el calor de su propio hogar y la indescriptible alegría de su esposa, la cual antes de la partida para la guerra había quedado embarazada. La inmensa satisfacción de sentirse padre y el cariño hacia Mariana, la adorada "media alma" de su ser, fueron en esos días el manantial de una felicidad mucho más íntima y humana. Los meses de Abril y Mayo de 1829 se consumieron principalmente en Quito, tanto por la atención que el mariscal Sucre debía mantener sobre el tratado de límites con el Perú como por la difícil gestación por la que estaba atravesando su esposa. A pesar de eso él se daba modos para ahorrar tiempo y escapar al campo, donde la sabiduría silenciosa de la Naturaleza le llenaba de embelezo. Afortunadamente las haciendas de su esposa en el valle de los Chillos y en Machachi quedaban cerca y las primeras cosechas, qué él iba a tener eran las primeras en esta su nueva tierra, y para la holgura del hogar resultaban prometedoras.

El 10 de Junio nació el primogénito del rancio marquesado de Solanda. Pero, como para contradecir una vez más las limpias ilusiones del joven Mariscal, aquel parto fue doloroso en extremo y la criatura fue mujer. En todo caso aquella niña delicada dio amplia salida a la ternura reprimida por años del soldado y le proporcionó incontables instantes de alborozo, en medio de las penalidades que después del parto siguió sufriendo su esposa e inevitablemente le contagiaban de amargura. Por otro lado el Libertador, que tan humano y solícito se

había mostrado en torno al nacimiento de la pequeña hija de su mejor amigo, poco a poco le hizo comprender que las circunstancias de la grave enfermedad que sufría Bolívar y las ambiciones individualistas que ponían en peligro su ideal de crear una sola nación libre y grande, exigían en forma perentoria que el general Sucre abandonase temporalmente aquel hogar suyo maravilloso aunque doliente, para acompañarlo en el Congreso de Bogotá, anunciado para Enero de 1830. La presencia del Mariscal Sucre parecía cuestión de vida o muerte para la salud del Libertador y la existencia de Colombia, tal como Bolívar la había concebido. Así, pues, él sacrificó una vez más su felicidad individual en aras de su amistad con Bolívar y la unidad de la Colombia de sus sueños. Salió de Quito para un viaje sin regreso el 12 de Noviembre de 1829.

CITAS UTILIZADAS

- (1) Carta de Sucre a Santander, Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo I, pág. 322.
- (2) Carta de Sucre a Santander, Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo I, pág. 335.
- (3) Carta de Sucre a Santander, Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo I, pág. 426.
- (4) Carta de Sucre a Santander, Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo I, pág. 427.
- (5) Carta de Sucre a Bolívar, Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo I, págs. 420-421.
- (6) Carta de Sucre a Santander, Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo I, pág. 464.
- (7) Carta de Sucre a Santander, Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo I, pág. 463.
- (8) Carta de Sucre a M. G. C., Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo II, pág. 30.
- (9) Decreto del general Sucre, Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo II, pág. 84.
- (10) Carta de Sucre a Santander, Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo III, págs. 8-9.
- (11) Carta de Sucre a M. G. C., Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo II, pág. 155.
- (12) Carta de Sucre a Santander, Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo III, pág. 10.
- (13) Carta de Sucre a M. G. C., Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo II, pág. 157.
- (14) Oficio de Sucre al Cabildo de Quito, Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo II, pág. 161.
- (15) Carta de Sucre a Santander, Lecuna - Caracas - Archivo de Sucre, Tomo III, pág. 9.
- (16) Carta de Sucre a Flores, Rev. FF. AA., Febrero de 1979, págs. 24 y 25.

CARTILLAS DE DIVULGACION

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

- 1 **Aguiles Pérez:** Las Culturas Aborígenes en la República del Ecuador
- 2 **Francisco Terán:** Nuestras lagunas andinas; Historia y Geografía
- 3 **Emilio Uzcátegui:** Desarrollo de la educación en el Ecuador
- 4 **Gustavo Vásconez H.:** Cartas de Bolívar al General Juan José Flores; Historia y Antihistoria
- 5 **Luis Andrade Reimers:** Materiales históricos para el Pacto Andino
- 6 **César Vicente Velásquez:** El reverso de la guerra entre Quito y el Cuzco
- 7 **Eduardo Martínez:** Intervención del Gobierno de Alfaro en la guerra de los Mil Días
- 8 **Plutarco Naranjo:** Semblanza de Montalvo
- 9 **Marco A. Bustamante:** Ecuador país tropoandino
- 10 **César Vicente Velásquez:** El enigma histórico de Cajamarca
- 11 **Emilio Uzcátegui:** Reflexiones sobre nuestras grandes efemérides
- 12 **Aguiles R. Pérez:** Rumiñahui
- 13 **Luis Andrade Reimers:** La cada vez más increíble historia de Atahualpa
- 14 **Marco A. Bustamante:** La línea equinoccial en el territorio de la República del Ecuador
- 15 **Francisco Sampedro V.:** Las Cuevas de los Tayos
- 16 **Luis Andrade Reimers:** Las esmeraldas de Esmeraldas en el siglo XVI
- 17 **Eduardo N. Martínez:** Entrevistas presidenciales Ecuador-Colombia
- 18 **Aguiles R. Pérez:** La minúscula nación de Nasacota Puento, resiste la invasión de la gigantesca de Huayna Cápac
- 19 **Francisco Sampedro V.:** El problema geográfico geomorfológico del Cenepe
- 20 **Ricardo Alvarez:** Bolívar y Manuelita Sáenz; aspectos biográficos, episodios románticos y anécdotas
- 21 **Emilio Uzcátegui:** Es gloria de Quito el descubrimiento del Amazonas
- 22 **César Vicente Velásquez:** Proyección Continental de la Revolución de Agosto
- 23 **Aguiles R. Pérez T.:** Los Duchisela
- 24 **Ing. Vicente Enrique Avila:** Los sensores remotos para la cartografía
- 25 **Luis Andrade Reimers:** Lo que Sucre hizo por el Ecuador

PRECIO S/. 2.—